

## Libros

12

## VENTANAS DE PAPEL

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN  
EL VIAJE,  
NO LA META

Al último tomo de las memorias de Leonard Woolf, el único traducido al español, los editores lo han titulado *La muerte de Virginia*, aunque esa muerte ocupe pocas páginas. Son sin embargo las que le dan tensión y emoción. Es posible que el marido de la escritora fuera, como afirma la contraportada, «una de las personalidades más notables de su tiempo». Pero Virginia Woolf lo fue de su tiempo y de cualquier tiempo.

A Leonard le leemos como quien escucha a un agradable, y a ratos tedioso, conversador. Le gusta irse por las ramas. Algún crítico lo achacó «a la facundia que acompaña a veces a la senilidad». Él acepta ese reproche e intenta justificarse: «Si uno quiere reproducir fielmente su vida debe tratar de incluir algo de la desordenada discontinuidad que la hace tan absurda, impredecible y soportable».

Comienza el libro comparando 1939 con 1914, los preliminares y los comienzos de una guerra con los de la otra. En 1914 nadie fue capaz de imaginar la barbarie que se avecinaba, por eso la marcha hacia el matadero se inició cantando y en traje de gala. En 1939, Francia e Inglaterra sabían lo que se les venía encima e hicieron todo lo posible por oscurecer el bulto, envalentonando así al adversario.

Tras el suicidio de Virginia, le salvó «el anestésico más eficaz para el dolor», el amor al trabajo, que atribuye a su condición judía. De niño le valió burlas: para sus compañeros era «un sucio empollón». Incluso los profesores le despreciaban: «Un caballero se tomaba en serio el críquet o el rugby, pero no el trabajo».

Importa el viaje, no la meta es el título original de estas páginas. Leonard Woolf tiene mucho que contar, pero está de vuelta de todo y no distingue el pormenor trivial de los pequeños detalles cargados de emoción, como ese bastón de Virginia Woolf que se encuentra cerca del río tres semanas antes de que aparezca su cadáver.

# PEQUEÑA OBRA MAESTRA

EL PEQUEÑO SALVAJE

T. C. BOYLE  
Traducción de Juan  
Sebastián Cárdenas  
Impedimenta. Madrid, 2012  
128 páginas, 16,95 euros  
★★★★



El apasionante misterio de por qué un escritor del calibre de Thomas Coraghessan Boyle (Nueva York, 1948) tiene tan pocos lectores en nuestro idioma no lo es tanto cuando comprendemos que difícilmente llegue a firmar un libro con un título del tipo *Te amo y te juro que es la última vez que me acuesto con tu mejor amiga* o a agradecernos con un novelón contemporáneo con nada que envidiarle a los peores folletines del siglo XIX. Vivimos en un mundo injusto y tal vez sean muchos los que no se merezcan a Boyle. Pero muchos otros sí, seguro, ya se deleitaron con la saga familiar de *El fin del mundo* (Anagrama), asistieron

admirados al crepúsculo hippie en *Drop City* (Mondadori) o temblaron ante un inminente cataclismo ecológico vía calentamiento global en *Un amigo de la tierra* (Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores), quedándose con las ganas de sufrir junto a la valerosa protagonista de ese gran thriller à la Patricia Highsmith sobre la usurpación de personalidad que es *Talk Talk*.

## El caldero de la trama

Pero concentrémonos en las buenas noticias, en *El pequeño salvaje* y en una nueva incursión de Boyle en una de sus especialidades: el tratamiento muy personal de lo verídico. Y, sí, más de un multiventas ibérico y hasta algún prócer internacional haría bien en

## ABC cultural

SÁBADO, 31 DE MARZO DE 2012  
abc.es

estudiarlo para ver cómo es eso de fundir data enciclopédica en el caldero de una gran trama.

En este sentido, Boyle -junto a E. L. Doctorow- probablemente sea quien más y mejor ha hecho por la evolución de esa especie difícil: la novela histórica. Pero a diferencia de Doctorow -aunque podría afirmarse que su *Homer y Langley* es lo más boyleano de su obra-, Boyle ha preferido siempre investigar al *fake* no ficticio. Así y de ahí Mungo Park en *Música acuática*, Hu Tu Mei en *Oriente Oriente*, John Harvey Kellog en *El balneario de Battle Creek*, los McCormick en *Encierro en River Rock*, Alfred Kinsey en *The Inner Circle*, Frank Lloyd Wright en *The Women* y, ahora, el célebre niño-lobo de Aveyron, en la Francia napoleónica de finales del siglo XVIII.

## Miedo en los ojos

Y por una vez -imposible olvidar el magistral filme que, en 1969, François Truffaut dedicó al caso- Boyle se apoya para esta *nouvelle* en un episodio bastante conocido. Lo que, a quienes ya más o menos sabemos lo que se nos contará, nos permite apreciar más y mejor a Boyle en esta nueva variación sobre un aria que este autor no deja de ejecutar una y otra vez: la manera en que la naturaleza impacta «en» o es impactada «por» lo supuestamente civilizado.

Hay que sumarle a lo anterior un ritmo que por momentos evoca al Italo Calvino de *Nuestros antepasados*. Y un estilo stendhaliano donde colmulgan sin renirse el lirismo romántico con la precisión de un Código Civil, pero cuya personalidad propia se pone ya de manifiesto en la cadencia de esa primera larga y sinuosa oración en la que se comparan las hojas caídas en el suelo del bosque con billetes y, enseguida, se nos invita a contemplar el mundo y experimentar el miedo desde los ojos y la mente de un niño confundido por lo que lo rodea y de un hombre incapaz de asumir la potencia de su propia y no deseada leyenda. Así, hasta arribar a la escueta y definitiva línea final.

Una -otra, cuántas más nos quedarán, de seguir así- nueva oportunidad para descubrir a Boyle y comprender que por libros como este, pienso, se inventó aquello de «pequeña obra maestra».

RODRIGO FRESÁN



T. C. Boyle (arriba) narra la historia del niño-lobo de Aveyron, que Truffaut llevó al cine en 1969. Sobre estas líneas, el cartel de la película

Printed and distributed by NewspaperDirect  
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern: 800.6364.6364  
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW